

¿DAR LA VIDA ES SÓLO TENER MUCHOS HIJOS?

Tener hijos es, sin duda, la primera forma de dar la vida. Se trata de una aventura hermosa y extraordinaria, pero no es la única. Está también la adopción, el compromiso de la pareja en pro de la sociedad o de los pobres, como hicieron, por ejemplo, Raoul y Madeleine Follereau con los leprosos.

. Tener hijos no es sólo darles la vida biológica. Tampoco es una cuestión de cantidad, de y tener muchos hijos. Tener hijos es asumir la responsabilidad de hacerles crecer. Los seres humanos, a diferencia de los animales, “dan a luz” y deben aprender a dirigir su existencia, en la medida de lo posible.

. Educar es ayudar a otro a salir de la ingenuidad y a “tomar las riendas” de su vida de manera consciente, libre y responsable, es dar al niño que será hombre la posibilidad de construir su vida como individuo, de desarrollar sus propias capacidades, integrando la cultura que le rodea, los valores morales y espirituales de la humanidad.

A este respecto subrayemos la importancia de enseñar a amar, a entregarse a los otros. El amor de los padres, que es el origen, se convierte en alma (...) inspiradora y guía de la educación, enriqueciéndola con valores como la dulzura, la constancia, la bondad, la entrega, el desinterés, el espíritu de sacrificio, que son los frutos más preciosos del amor (*Familiares Consortio*, 36). Los padres cristianos deben proporcionar a sus hijos todo lo necesario para que formen su personalidad progresivamente desde el punto de vista cristiano y eclesial.

Isabel nos narra: “Cuando nos casamos, hace cuatro años, los dos queríamos tener familia numerosa. Tras esperar cuatro meses, para aprender a conocernos, empezamos a pensar en los hijos. Necesitamos cuatro largos años de prueba y dos intervenciones quirúrgicas para hacer realidad nuestro proyecto. El día de nuestro cuarto aniversario de boda supe que estaba embarazada.

Sería muy largo contar el periplo doloroso y complejo que tuvimos que recorrer hasta llegar al nacimiento de nuestro hijo, haré pues sólo algunas reflexiones sobre este sufrimiento.

Ser estéril es un dolor físico y moral. Fue preciso luchar contra el sentimiento que me empujaba a pensar: “¡Es culpa mía!” Luego está el “Relájese, señora, piense en otra cosa” y la familia y los amigos que te dan a entender o te dicen claramente que es una cuestión psicológica. ¡Qué frase tan terrible! Incluso aunque a veces pueda ser así, te clasifican y catalogan como enferma psicológica.

AGUANTAR CONTRA VIENTO Y MAREA.

Durante estos cuatro años he experimentado el poder de la oración. La oración de los demás, que me ha servido a menudo de apoyo, no hay que tener miedo de decir: “¡ya no puedo más!” La que compartía con mi marido, pues nos ha sido dada la gracia de poder orar a Dios: para confiarle nuestro sufrimiento, para pedirle ayuda sin cesar; para poder escoger al médico adecuado (¡nos recomendaron tantos!) para que hiciera el diagnóstico correcto. Y la ofrenda personal de esta muerte, pues lo es, por todos los intentos fallidos. Incluso

recibimos la extremaunción. Cada vez fue una gracia...en la fe. No “sentí” nada, pero tenía el apoyo de la Iglesia.

Siempre tuvimos la certeza de que Dios no nos abandonaría. Recuerdo que una vez pedí que me curara y fui efectivamente curada, pero, ¡de una otitis! “Me sentí un poco defraudada pero comprendí que Él atendía mis plegarias.”

Algunos meses más tarde, tras una segunda operación, estaba embarazada.

Al cabo de estos cuatro años me doy cuenta de hasta qué punto esta desgracia nos ha enriquecido. Nuestro amor, en lugar de peligrar, se ha profundizado. Hemos descubierto hasta qué punto Dios se ha comprometido con nosotros en nuestro matrimonio, para que resista contra viento y marea y nos ha otorgado una fecundidad real, incluso si al principio no tuvo forma de fecundidad humana.

Carlota, la abuela feliz, también nos relata algo muy importante.

Agosto de 1982. ¡Qué feliz soy!, por primera vez soy abuela. Mi hija mayor acaba de dar a luz, en Alemania, a la pequeña Céline. Voy enseguida a visitarlas. Mi marido tiene que ir a Italia por negocios y Ana, nuestra hija pequeña, le acompaña. Pasó una semana maravillosa cuidando a la niña. Una noche suena el teléfono. Es mi marido que llama para decirme que Ana ha tenido un accidente de moto y está muy grave. Cojo el primer vuelo a Milán y, cuando veo la cara de mi marido, me doy cuenta de que nuestra hija ha muerto. Tenía 15 años. Era guapa, alegre, estaba llena de vida y ahora está en la morgue, ¿por qué? ¿Por qué?

Durante el funeral de nuestra hija, el corazón me late desesperadamente y experimento un profundo deseo de recibir la comunión. Tengo la impresión de que será lo único que podrá apaciguar el enorme dolor que siento, pero no estoy bautizada. No entiendo bien el deseo de recibir la comunión. Una semana más tarde, me decido a hablar con el sacerdote de mi parroquia.

MADRE DE UNA MULTITUD

Fui bautizada algunos meses más tarde y el descubrimiento de Dios me permitió no encerrarme completamente en mi dolor. En efecto, al principio del año escolar me propusieron hacer catequesis a los niños.

- “¿Por qué precisamente yo?”, pensaba “que no puedo ver a un niño sin echarme a llorar”. Pero Dios sabía lo que hacía. Sabía que solamente el afecto de los otros niños podía curar mi tristeza.

- Hace ahora muchos años desde entonces que los niños iluminan mi vida y que su amor ha acabado con la angustia y las lágrimas. Y no sólo eso, pues ahora también me ocupo de personas mayores en una residencia de ancianos. ¿Se dan cuenta? Me han convertido en madre de una multitud de hijos de los que el más joven tiene 8 años y el mayor 102.

Lee cuidadosamente lo narrado por Isabel y Carlota y reflexiona. Ahora es tu turno.

(Tomado de 50 preguntas acerca de la vida y del amor de la Revista Il est vivant)